

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II  
NUM 77

40 Cents.

8 AGOSTO  
1926

DON TURULATO, USTED ME HA  
ENGAÑADO. ¿NO ME DIJO QUE  
ESTE LORO REPITE TODO LO  
QUE OYE?

Y ES VERDAD, LO QUE PASA  
ES QUE EL ANIMALITO ES  
MAS SORDO QUE UNA TAPIA



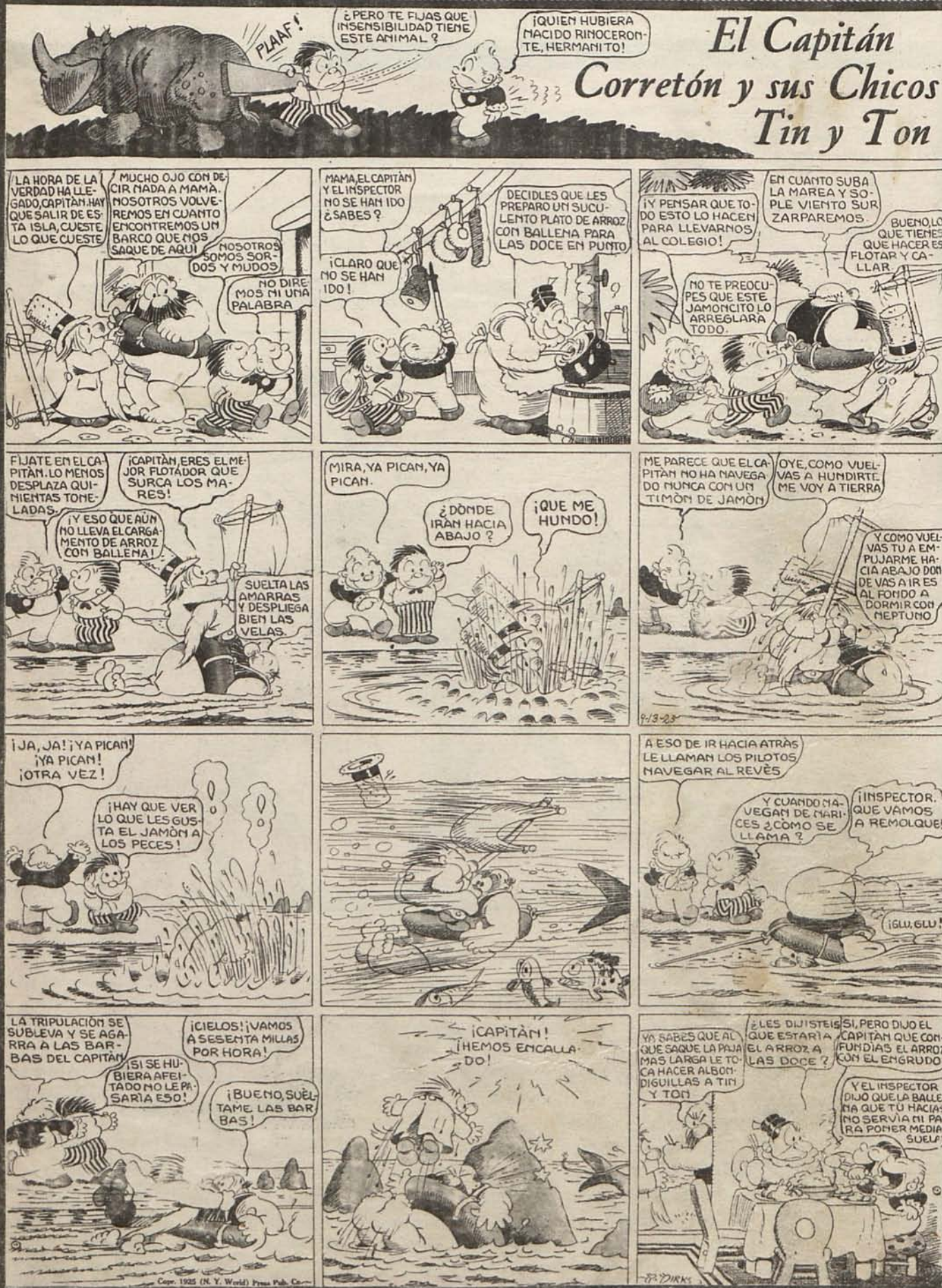


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



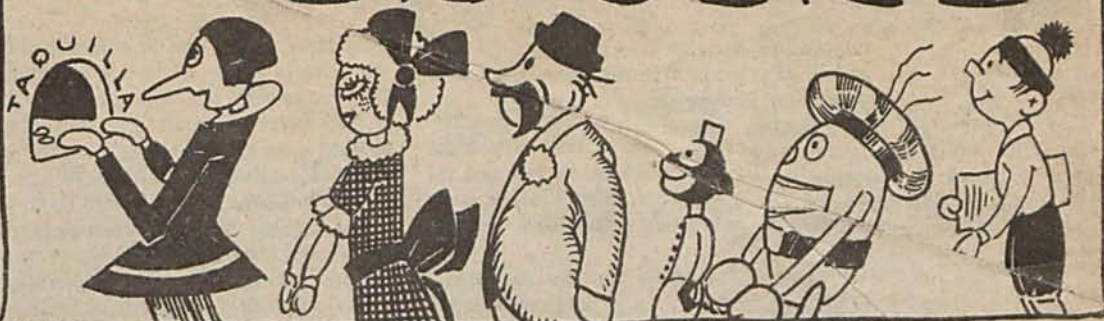


PROGRAMA  
PARA HOY

BOB  
HACE DESCU  
BRIMIENTOS  
POR SU  
CUENTA

Sensacional!

# GRAN CINE



Paddy O'Darrell, el joven y ya famoso detective, consultó el reloj, y dijo:

—No puedo esperar más tiempo por Bob; son ya las cuatro, y si no salgo pronto llegaré de noche a la Torre de Barcourt; lo que haré será dejarle una nota.

Y sentándose ante su escritorio escribió unas líneas en un papel que colocó junto al reloj, el sitio más seguro para que Bob lo viese en cuanto entrara en casa. Púsose luego el abrigo y el sombrero, y se dirigió al garage. Pocos minutos después corría el automóvil con dirección a la Torre de Barcourt, residencia veraniega del conde de Barcourt.

Aquella mañana había recibido Paddy un aviso por teléfono del mayordomo del conde para que fuese a la Torre cuanto antes, pues el conde quería tratar con él un asunto de importancia. En aquel momento, Bob Smithers, el ayudante del detective, hallábase fuera haciendo averiguaciones sobre cierto asunto y había llevado consigo a Trailer, el sabueso.

Aunque el coche iba a toda velocidad, ya era casi de noche cuando Paddy llegó ante el portón de la Torre, que daba paso al camino de coches de la finca. Poseía ésta un hermoso caserón antiguo, que Paddy ya conocía por haber estado varias veces en él. Detuvo el automóvil delante de la escalinata y se apeó. Abrióse la puerta y apareció en el umbral un hombre vestido de negro sobre el que destacaba una blanca pechera almidonada.

—Tenga la bondad de entregarme esta tarjeta al señor conde, que me espera —dijo al mayordomo, pues no dudó que éste lo fuera.

—¿Es usted, si no me engaño, Mr. O'Darrell? —dijo aquel hombre, inclinándose respetuosamente y haciéndolo pasar a un espacioso hall—. En este momento el señor conde no está en casa, y me ha encargado le disculpe por su ausencia y le ruega tenga la bondad de pasar hasta que él regrese.

—Está bien —dijo Paddy—. ¿Es usted, quizás, el que ha hablado conmigo por teléfono? Porque me parece reconocer su voz.

—Sí, señor; y el señor conde le agradecerá mucho que haya usted acudido tan rápidamente a su llamamiento —dijo Reeves, pues éste era el nombre del mayordomo—. Y le condujo a una habitación lujosamente amueblada, en la que ardía un cobijante fuego.

Luego le acercó un sillón a la mesa, en el que Paddy se arrellenó cómodamente, disponiéndose a fumar un cigarro de su marca predilecta.

Silenciosamente, Reeves, sacó de una alacena una bandeja de emparedados y una botella de jerez, que colocó en la mesa al lado de Paddy, preguntándole:

—¿Me necesita para algo el señor?

—No; gracias.

—Entonces, me retiro —y se fué cerrando la puerta.

Paddy sonrió satisfecho, reflexionando sobre lo que podría traerlo allí, cuando de pronto sintió que alguien se movía detrás de él. Trató de volverse, pero no pudo, porque acababan de cubrirle la cabeza con un paño negro y de aplicarle a las narices un objeto impregnado de un olor tan fuerte que le hizo perder el conocimiento.

\*\*\*

Una hora más tarde, una motocicleta con sidecar corría a gran velocidad por la carretera que conduce a la Torre de

Barcourt, llevando a Bob y al sabueso Trailer. La motocicleta se detuvo delante de la puerta principal de la casa, y Bob tiró del cordón de la campanilla. Trailer saltó fuera del sidecar y se colocó al lado de su amo con expectación; éste tuvo necesidad de llamar varias veces para que le abriesen, y, al fin, apareció en la puerta una mujer muy gruesa, en la que Bob reconoció a Mrs. Carfax; ésta quedóse sorprendida, pero no pudo menos de sonreír al reconocer al joven.

—¡Cómo! ¿Es usted, Mr. Bob? ¡Me alegro de verle por aquí! Pase usted.

—También yo me alegro de verla, Mrs. Carfax —dijo Bob, entrando por el hall seguido de Trailer—. ¿No está aquí mi jefe, Mr. O'Darrell? Me ha dejado recado de que viniera a reunirme aquí con él.

—¿Mr. O'Darrell? No lo he visto, ni creo que haya estado aquí. ¿A qué iba a venir?

—¡Pues a ver al conde, que le ha mandado llamar!

—Debe usted estar equivocado, Mr. Bob, porque su excelencia el conde se ha ido para Escocia hace quince días y no volverá hasta el mes que viene.

El ayudante miró a la cocinera con extrañeza.

—Claro que no puedo dejar de creerla a usted; pero mi jefe me ha dejado recado de que viniese a la Torre de Barcourt, adonde lo había llamado el conde. Y no puedo creer que haya hecho esto sólo por darme una broma.

—¡Seguramente que no! —convino Mrs. Carfax—. Puede preguntarle a Reeves, el mayordomo, si lo ha visto. Quizá le haya abierto él la puerta, porque el timbre de la campanilla queda junto a su cuarto. Espere usted un momento.

Y la cocinera se fué hacia las habitaciones de la servidumbre, y volvió al poco rato muy extrañada, diciendo:

—¡Es curioso! Reeves ha salido, y lo mismo Brinkley, el ayuda de cámara —y abrió la puerta del despacho para ver si el detective estaba allí—. Si Mr. O'Darrell hubiera venido, estaría aquí, en el despacho. Sin embargo, bien pudiera ser que el señor conde volviera esta noche y que Mr. O'Darrell se haya retrasado. Puede usted esperar, si le parece.

—Pues, sí; esperaré —dijo Bob entrando en el despacho. Fué directamente hacia la chimenea y se detuvo sorprendido al ver tirado junto a ella la anilla de un cigarro—. Diga usted, Mrs. Carfax, ¿los criados de esta casa fuman cigarros puros?

—¡Vaya una pregunta! No, señor. Reeves fuma en pipa y Brinkley, cigarrillos. Y no hay más criados que esos en la casa.

—¿Usted no conocerá la marca de los cigarros que fuma el señor conde, verdad?

—¡Ya lo creo que la conozco! El señor conde fuma siempre cigarros de marca Hajano. Lo sé bien porque hace poco me

## NO LO OLVIDEIS

Para entrar en el Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores (Primer premio: un «auto» Citroen; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de setiembre de 1926.

Más detalles en este mismo número.





regaló una docena de ellos para mi hermano. ¿Pero por qué me hace usted esas preguntas tan raras?

—Porque acabo de encontrar aquí tirada una anilla de cigarro cuya marca me es muy conocida. Esta anilla es de Cavajos, que son precisamente los que mi jefe fuma. Por lo tanto, él ha estado aquí. Mrs. Carfax, y ha fumado un cigarro. ¿El caso es averiguar dónde está en este momento.

—¿Escuchas los detectives ven las cosas de una manera..., Mr. Bob...! —exclamó Mrs. Carfax—. ¡Yo le aseguro que no entiendo nada de esto!

—¡Aquí, Trailer! —gritó Bob al perro.

### El bocinazo de alarma.

—¡Olfatea bien esto, camarada! —murmuró Bob poniendo la banda del cigarro delante del hocico de Trailer.

El perro olfateó varias veces y empezó a menear la cola y a mirar de un lado para otro.

—¿Has olido a tu amo, eh? ¡Pues búscalo, amigo mío!

Trailer miró en todas direcciones, dió una vuelta por el hall y, por último, se puso a arañar con las patas la puerta de la calle. Mrs. Carfax miraba con extrañeza a Bob y al perro. Este salió corriendo, bajó la escalinata, y al llegar a la avenida central de la finca, se detuvo aullando.

—¿Huelas el rastro por aquí, eh?

—exclamó Bob sacando una lámpara eléctrica del bolsillo y enfocándola a la avenida.

—¡Huellas de cubiertas Avron! ¡Las del coche de mi jefe! El neumático de atrás es nuevo; yo mismo lo he cambiado esta mañana. ¡Es muy extraño todo esto! Si el jefe vino aquí para marcharse en seguida, ¿por qué me ha dejado recado de que viniera a reunirme con él en esta casa? No importa; nosotros daremos con él, sea donde sea, ¿verdad, amigo Trailer?

Este miró para su amo meneando la cola, como si comprendiera que Bob dependía de él. Bob puso en marcha el motor y Trailer saltó dentro del sidecar. Con la lámpara puesta en la parte de delante para poder enfocarla en todas direcciones, el ayudante fué siguiendo las huellas del coche de su jefe. Estas iban en dirección a la costa, pues aquella carretera conducía al puerto de Haven, pueblecito de pesca situado a unos cuarenta kilómetros de la finca de Barcourt. Con ayuda de la potente linterna Bob iba viendo claramente las señales de los neumáticos, pues había llovido aquel día y se notaban claramente en el barro. Pero después de andar treinta kilómetros, la carretera aparecía seca y cubierta de grava. Indudablemente allí no había llovido, y como el camino no presentaba señales, el rastro estaba perdido. Al llegar a una bifurcación de la carretera, Bob estuvo un rato dudando por cuál de ellas tomaría. ¡Era descorazonante encontrarse derrotado después de haber ido tan lejos! De pronto le pareció oír un bocinazo de lejos. Sonaba como la bocina de Paddy; pero se descorazonó pensando que habría cientos de ellas iguales. Sin embargo, Bob se detuvo a escuchar, a ver de dónde procedía el sonido; y después de un rato volvieron a oírse tres bocinazos prolongados..., tres cortos..., otros tres largos...

—¿Qué oigo? ¡Eso es la S. O. S.! ¡A ver si vuelven a repetirlo! —y escuchó más atentamente—. ¡No cabe duda! ¡Esos bocinazos transmiten un mensaje por medio del alfabeto Morse! Tres sonidos largos..., tres cortos..., tres largos. ¡S. O. S.! ¡Alguien necesita ayuda y vamos a prestársela nosotros, Trailer!

Los bocinazos procedían de la carretera que se bifurcaba a la izquierda, y hacia allá se encaminó Bob. Por ella llegó hasta una cantera abandonada, para bajar a la cual había un camino. Allá al fondo, entre la maleza, distinguió el muchacho algo que le hizo proferir un grito de alegría y sorpresa. ¡Saliendo de entre un macizo de arbustos estaba el magnífico seis cilindros de Paddy! Y con la linterna pudo el muchacho ver que Paddy tocaba la bocina con la barba.

—¡Jefe! —gritó Bob saltando fuera del sidecar y corriendo hacia él. En pocos minutos se vió Paddy libre de la mordaza

y de las cuerdas que le sujetaban. Emocionado, apretó efusivamente la mano de Bob y acarició la cabeza de Trailer.

—He pedido socorro con la S. O. S., porque como el puerto está cerca de aquí, supuse que alguien podría oírme desde el mar; pero nunca se me ocurrió que fueras tú, Bob, el que vinieras a salvarme. ¿Cómo es que te encuentras por aquí?

El muchacho se lo explicó todo y Paddy sonrió.

—Llegarás a ser un gran detective, Bob. Me han dormido con cloroformo allá en la Torre, y al volver en mí me encontré con que íbamos por la carretera corriendo en mi propio coche. Reeves lo conducía y Brinkley, el ayuda de cámara, iba detrás de nosotros para cuidar de mí. Yo fingí que seguía sin conocimiento para poder oír lo que hablaban, y por ellos mismos me enteré de que habían robado gran cantidad de objetos de oro y plata, y que pensaban embarcar en el Rollo, un buque que está en el puerto de Porthaven. Ahora es preciso ir en busca de ellos para llegar antes de que el barco salga.

—¿Pero qué interés podían ellos tener en llevarle a usted a la Torre para después dejarle aquí abandonado?

—¡Eh ahí el misterio! —respondió Paddy encogiéndose de hombros.

Entre los dos sacaron el coche de la cantera con gran dificultad, y Paddy marchó en él seguido de Bob, que iba en la motocicleta.

Diez minutos después llegaban al puerto de Porthaven; el Rollo estaba anclado fuera del puerto y les fué preciso tomar un bote para llegar hasta él. El marinero que los llevaba les dijo, a preguntas suyas, que acababa de conducir al Rollo a otros dos señores, que, por las señas que dió, no podían ser más que Reeves y Brinkley.

Al llegar al barco, el detective trepó por una cuerda que pendía de él, y Bob le siguió dejando a Trailer al cuidado del bote. En la cubierta del buque todo estaba silencioso, y fueron por ella hasta la escalera de cámara, desde donde oyeron hablar. En seguida reconocieron la voz de Reeves y de Brinkley, y atisbando desde la escalera vieron que estaban charlando y fumando muy tranquilamente en un camarote. Entonces, irrumpieron en él repentinamente.

—¡O'Darrell! —exclamó Reeves, yendo hacia el detective y asestándole un fuerte puñetazo que le hizo tambalearse.

Brinkley saltó por encima de ellos y subió a cubierta perseguido por Bob, que gritaba desde allí:

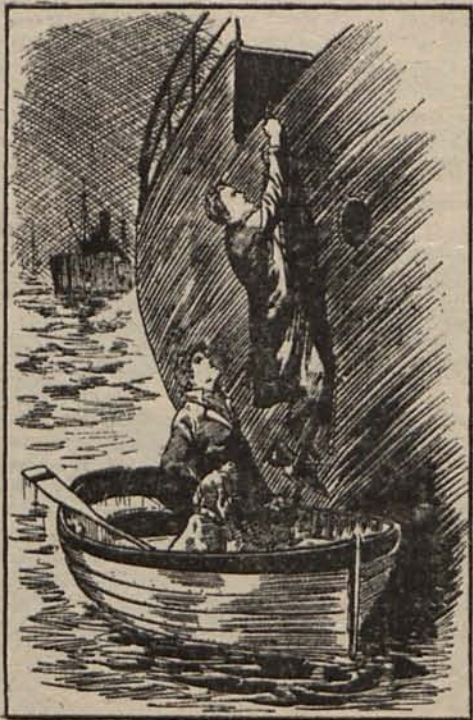
—¡Trailer! ¡Cógele! ¡Ven aquí!

Oyéronse gruñidos del perro, el ruido de una pelea y, por último, un agudo grito. ¡El sabueso había clavado los dientes a Brinkley, que intentaba escapar en el bote! Bob lo dejó allí, suponiendo que aquél ya estaba bien seguro, y volvió al camarote, encontrándose a Reeves ya maniatado y a Paddy registrando las maletas donde los ladrones llevaban el producto de su robo en la Torre.

Al ruido de la pelea apareció el capitán del barco, quien se quedó sorprendido de ver qué clase de pasajeros llevaba en su barco.

Reeves confesó que él y Brinkley eran expresidarios, y que hacía tiempo venían planeando este robo en la Torre, donde habían entrado a servir valiéndose de testimonios falsos. Pero temían que Paddy O'Darrell, que era amigo del conde, les descubriera el robo, para lo cual habían concebido la idea de secuestrarlo en aquella cantera, y en tanto que lo encontraban poner ellos tierra de por medio.

¡Pero no habían contado con Bob y Trailer!







(Continuación.)

Los tres pescadores, a pesar del continuo balanceo del viejo barco y los golpes incesantes, se esparcieron por el puente, y buscando a tientas lograron encontrar algunas.

El doctor encendió un fósforo y las prendió fuego.

Como estaban impregnadas de alquitrán, se elevó una llama bastante grande que iluminó la galería y la cubierta del barco.

Entonces vieron que la galera había chocado contra la pared izquierda. Parte del castillo y algunos de los aparatos superiores habían quedado destrozados; pero no corrían, por el momento, ningún peligro de hundirse.

—¿Habremos salvado el pellejo? —preguntó Vicente—.

—¿Qué habrá sucedido?

—Alguna fuerte sacudida ocasionada por un terremoto —dijo el señor Bandi.

—¿Y esas olas tan tremendas han sido producidas por la sacudida?

—Y aún temo que alguna cosa peor.

—¿Qué queréis decir?

—Que se haya hundido la galería.

—¿Cómo deducís eso?

—Porque una sacudida, por muy fuerte que sea, no es capaz de promover una oleada tan grande que atravesase en esta forma todo el canal.

—¿Qué decís, pues?

—Que tiene que haber sido producida por un enorme derribo de escombros.

—¡Demonio! ¿Y de dónde venía?

—De la salida del canal.

—¿Entonces hemos quedado aprisionados?

—Aún no lo sé; pero estoy muy inquieto, Vicente.

—Tendremos que explorar esa parte de la galería.

—Eso haremos tan pronto como se haya calmado el agua.

—Ya no tenemos balsa, doctor —observó Miguel.

—Poco puede eso importarnos teniendo, como tenemos, este barco a nuestra disposición, del cual podremos construir todas las que nos sean necesarias.

—Esperemos un poco, a ver si se repiten las sacudidas, y después iremos.

—Parece que el agua comienza a tranquilizarse —dijo Vicente—. Dentro de media hora ya estará en calma por completo.

—Puede sobrevenir aún otra sacudida, Vicente.

—No oigo ningún ruido.

—No hay que fiarse. Vamos a registrar entre tanto la bodega de la galera.

—¿Qué esperáis encontrar?

—Alguna lámpara, o antorchas. Es casi imposible que no haya alguna.

—Vamos allá, doctor. Aquí tenemos cuerdas embreadas que nos servirán por el momento.

—Que se queden mientras aquí Miguel y Roberto, cuidando del fuego; pero cuidado de no provocar algún incendio.

—Id sin cuidado, doctor —dijeron los dos pescadores.

El señor Bandi y Vicente bajaron a la sentina del buque para comenzar su registro. La cosa no era tan fácil, pues había gran cantidad de materiales amontonados que era preciso remover y muchas cubas, unas llenas de cemento y otras vacías o llenas de cal.

El doctor y su compañero, antes de entregarse a aquella penosísima tarea, se pasaron a los departamentos de popa, pensando que tendrían allí más probabilidades de encontrar alguna lámpara o cosa semejante.

Las cabinas estaban todas atestadas de diferentes materiales, azadas, palas, cajones rotos y barricas reventadas.

Miraron por los techos esperando encontrar colgada alguna lámpara, pero inútilmente; una parte del techo se había desplomado y acaso las luces que usaron se habían roto o se las habrían llevado los trabajadores del canal al terminar las obras.

—¡Por cien millones de merluzas!... —decía Vicente—. ¡Es increíble!... ¿Cómo trabajarían sin luz estos hombres? ¡Bah!... Podremos pasarnos sin ellas, doctor.

—¿En qué forma?

—¿No sentís olor a alquitrán?

—Sí.

—Pues debe ser de alguno de esos barriles que están tras aquellos sacos.

—¿Y qué piensas hacer?

—¡Por Baco!... Meter dentro del alquitrán trozos de cuerda y después encenderlas. En vez de lámparas, tendremos soles pequeños.

Removió de su lugar los sacos y en seguida extendió las manos alargando dos cubos metálicos llenos de alquitrán.

—Aquí hay dos lámparas magníficas —dijo—. Estos quince o diez y seis kilos de alquitrán nos proporcionarán una hermosa luz.

—Ahí hay más cubos, Vicente.

—No hacen falta, doctor. Con estos nos bastará para llegar al golfo de Spezia.

—Eso si no tropezamos con más obstáculos.

—¿Con cuáles?

—Más adelante lo sabremos.

—Tenéis alguna grave preocupación, doctor.

—Es verdad.

—Decidlo, pues; ¿queréis tenerme sobre ascuas?

—¡Ten un poco de paciencia! Vámonos, Vicente.

Salieron del departamento de popa llevando consigo los dos inestimables cubos y se reunieron con sus compañeros. Apenas llegaron a cubierta se les acercó Miguel, diciéndoles presa de la mayor emoción:

—¡Señor Bandi, he observado una cosa sumamente extraña!

—¿Qué?

—Que la nave se va elevando hacia la bóveda.

—¿Tendrá menos peso ahora? —dijo Vicente—. Nosotros no hemos tirado nada al agua.

—Sin embargo, mirad, patrón —dijo Roberto—. La galera toca ahora casi en la bóveda, en tanto que antes la punta del castillo distaba del techo lo menos tres metros.

—Veamos —dijo el doctor.

Cogió la soga alquitranada y se inclinó sobre la borda para observar el agua y el lado de estribor de la galera.

—Ya ha sucedido lo que me temía —dijo después con emoción.

—¿Qué decís? —le preguntó Vicente mirándole fijamente.

—Que la nave no se levanta a causa de la pérdida de peso.

—Eso creo yo.

—Se eleva porque sube el agua en el canal.

—¡Dios mío! ¿Qué decís?

—Que dentro de poco las bordas de la galera tocarán el techo de la galería.

—¿Cómo os explicáis este aumento excesivo de agua?

—De un solo modo.

—O sea que...

—Que algún desprendimiento de tierras, producido por la última sacudida, nos ha obturado la salida del canal.

(Continuará en el número próximo.)

## LOS SUSCRITORES DE PINOCHO

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En la galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.





# BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¡Príncipe de los Creyentes! —¡Que Dios se digne prolongar tus días!— Yo no soy un mentiroso; ya te he dicho quien es mi juez y te he dado su genealogía, el nombre de su calle y las de sus vecinos.

—¡Basta de astucias! Jamás he oído la descripción que me has hecho. Fíjate bien dónde estás, y si no me dices la verdad haré que te arrojen al suelo, que pongan tus pies en la *falaca* (tormento) y que mis hombres te azoten hasta que salga la sangre por la garganta. ¡Basta de ingenuidades! No sigas tus insolencias durante más tiempo y reflexiona que estás obligado a confesar la verdad. ¡Vamos! Acaba pronto y dime el nombre del juez con quien estás.

—¡Príncipe de los Creyentes! ¡Que Dios te dé larga vida! El nombre del juez es Izrail —insistía Básım.

—¡Bien! ¿Y dónde está? —preguntó el Soberano.

—Entre los jueces; pero yo no lo veo. Pienso que no debe haber venido.

—¡Oh jueces del Islam! —gritó el Califa—. Haced venir al juez Izrail.

Todos se callaron y nadie se atrevió a rechistar.

—¡Dadme noticias acerca del juez Izrail! —insistió el Sultán—. Que se presente para que yo le haga una pregunta. Le concedo por anticipado el *amán* (perdón).

—¡Príncipe de los Creyentes! —le respondieron—; por tu amada vida te decimos que no hay entre nosotros nadie que se llame Izrail ni conocemos a ninguno de este nombre, excepto el Ángel de la Muerte, el que se lleva las almas.

—¿Me lo negáis vosotros, jueces, que juzgáis según la ley de Dios? Tengo necesidad de hablarle una palabra y espero su respuesta.

Ellos le juraron que no conocían al tal Izrail.

—¿No hay ningún juez ausente? —preguntó entonces el Califa.

—¡Oh Rey del tiempo! —le contestó el Juez Superior—. Todos los jueces y los sustitutos están bajo mis órdenes. Yo soy, precisamente, quien los ha nombrado y sé muy bien que no he dado este cargo a nadie que se llame Izrail. «Este hombre es un embustero petulante» (1).

—«En seguida sabrán ellos quien es el embustero petulante» (2) —replicó Básım.

Tan oportuna respuesta hizo reír al Califa, que preguntó a Básım:

—¿Has oído? ¿Qué tienes que responder a esto?

—¡Príncipe de los Creyentes! —dijo Básım—. El que te habla es precisamente el juez Izrail en persona. Yo estoy a su servicio y me debe el sueldo de un año entero; sin duda le ha ocurrido la idea de negarme aquí para no pagarme mi dinero. Pero yo no se lo pido a título de limosna, porque lo he ganado con el sudor de mi frente. Esta es mi historia y el ojo del Príncipe de los Creyentes siempre ve la verdad.

—¡Granuja! —exclamó el juez—. ¿De dónde te conozco yo para que pueda deberte salario alguno?

—¿Es posible, oh, juez del Islam —preguntó el Califa—, que este pobre hombre te acuse falsamente?

—¡Soberano señor! —replicó el juez—. Si él puede probarme que ha servido a mis órdenes, que ha entrado alguna vez en mi casa o que yo lo he visto en mi vida, yo le pagaré gustoso dos años de soldada. Todo el mundo sabe que en mi casa hay un lugarteniente mío, doce alguaciles y muchos servidores; si este hombre es capaz de presentar testigos que den fe que él es alguacil conmigo, yo le daré en seguida el sueldo; pero si él queda por un solemne embustero, ¿qué le harás tú, oh, Príncipe de los Creyentes?

—Le haré dar cien azotes.

Y, dirigiéndose a Básım, le preguntó:

—¿Tienes testigos de haber estado a las órdenes de este juez?

Básım se calló. El Califa hizo presentarse a los alguaciles y familiares del juez y les dijo:

—¿Qué sabéis referente a este hombre?

—¡Oh, Rey del tiempo! —le respondieron—. Es un embustero y jamás lo hemos visto ni en casa del juez superior, ni en casa de otro juez alguno.

—Vosotros si que sois unos embusteros, fanfarrones e imbéciles —dijo Básım, volviéndose a ellos—. Yo soy alguacil, y antes fui guardia: cuántos asuntos me habrán encargado...

—¿Y quien te ha nombrado alguacil? —le preguntó el Califa.

—Yo mismo.

—¡Ah, bandido! —exclamó el Califa—. ¿Tú haces de alguacil por tu propia cuenta, faltas al respeto de los jueces legales, y te burlas de ellos? ¿Tú te dedicas a sacar los dineros a la gente y a arreglar cuestiones como si fueras una autoridad? ¿Hasta ese extremo has llegado? ¡A ver! ¡Traed el instrumento de tortura!

Y después que lo trajeron ordenó el Soberano:

—¡Echadlo a tierra!

Una vez en ella, y sin que nadie intercediese en su favor, empezaron a azotarlo; sus pies ardían. «Toma», «da», «toma», «da», decían acompasadamente, hasta que contaron ciento.

—¡Basta! —ordenó el Califa—. ¡Dejadle ya!

Cesaron los golpes, y Básım se levantó del suelo todo lastimado y sin poder andar por efecto de la paliza.

—¡Marcha, insolente! —le dijo el Sultán—. Y si no te abstienes de hacer de alguacil, por mi vida que te cortaré el cuello.

Básım salió, arrastrando los pies y cojeando de las dos piernas, y anduvo poco a poco, hasta que reaccionó, y pudo caminar erguido. Se metió por unas callejuelas, y, al cabo de un rato, se encontró a una mujer, que apenas lo vio, le dijo:

—Señor, ¿eres corredor del mercado?

—Sí —contestó resueltamente Básım.

—Hazme el favor de tomar este brazalete de oro y ofrécelo en subasta al mejor postor: acaso lo puedas vender.

—Espérame aquí —le dijo Básım, tomando la joya.

E inmediatamente entró al mercado y pregonó la mercancía. Los comerciantes de plata fueron pujando en la subasta, que llegó a alcanzar la cantidad de cien dinares y dos por derechos de corredor. Consultó con la vendedora, quien le dijo:

—¡Que Dios te haga ganar! Tráeme el dinero.

Volvió al mercado y cobró la cantidad. (Pero no estaba experimentado, ni conocía los procedimientos de la venta en pública subasta, que no era su oficio.) Se lo llevó a la mujer, y, al entregárselo, le decía:

—¡Toma! ¡Ya has visto mi habilidad! Si caes en manos de otro, no hubiera alcanzado tan alto precio el brazalete. Ahora yo espero que me des alguna gratificación.

—Bien te la mereces —le respondió ella, entregándole dos dinares.

Los tomó muy satisfecho, dejó marchar a la mujer sin exigirle un fiador, según las ordenanzas del mercado. Y él se alejó también, contentísimo. Compró su cena y las demás cosas que necesitaba, gastando más que de ordinario.

—¡Este es un oficio! —se decía—. Nada hay parecido a él, ni antes ni después: nunca será más que corredor del mercado: oficio fácil y de gran rendimiento. ¡Dos dinares en una hora!

(Continuará en el número próximo.)

Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 ptas.), o un trimestre (5 ptas.)

(1) Texto alcoránico.  
(2) Idem.



# CAÑAMÓN, AVIADOR

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



Cañamón, nuestro simpático amigo Cañamón, estaba desvelado aquella noche, no podía dormir. Estaba impaciente, inquieto, nerviosísimo. Deseaba fervientemente la llegada del alba, la llegada del día. ¡Qué felicidad, cuando saliese el sol, bajar al jardín, al bello jardín de su casa, donde reposaba tranquilamente, inmóvil, el regalo que le había hecho Potipán! ¡Qué alegría! Sí, el regalo de Potipán, un espléndido y monumental regalo, el cual consistía en un aeroplano estupendo, con sus hélices, sus aletas horizontales, abiertas y extendidas, y su asiento, hondo, profundo, donde Cañamón habría de acomodarse, para volar. Para volar sobre la ciudad, saludando a las nubes pasajeras y voladoras. ¡Qué alegría!

Potipán había comprado el aeroplano, a gusto de Cañamón, por la tarde, casi anochecido. Y las pruebas, por demás peligrosas, había de hacerlas Cañamón, al día siguiente, por la mañana. Mientras tanto, dejaron el «bicho» —esto es, el aeroplano— en el jardín de la casa de Cañamón, donde reposaba ahora, al aire libre, olfateando las flores, los claveles, las rosas y los jazmines, mientras Cañamón, el ser más simpático de la familia de los Cañamones, rebullía en su lecho, impaciente, inquieto, nerviosísimo, esperando el alba.

La cual llegó inmediatamente, como si Cañamón, con su propia impaciencia, la hubiese extraído de la noche. Y con el alba, un poquito después, llegó un día, un día como hay pocos, espléndido, luminoso, adornado con un sol singular, dorado y calentito. Y Cañamón pensó, no con escasa razón, que había llegado también, con el alba y el día, el momento propicio para probar arriesgadamente el regalo de Potipán.

Y Cañamón bajó al jardín.

\*\*\*

El aeroplano no había cambiado de sitio. Esto alegró mucho a Cañamón, pues le demostró, sin palabras, que los aeroplanos son unos aparatos dóciles y obedientes. «Si así es en la tierra —pensó Cañamón—, así será en el cielo; es decir, en el aire.»

Nuestro héroe no se veía solo. En el jardín, junto con el aeroplano, le esperaba Potipán, el capitán Corretón, Don Turulato y Currinche, los cuales, con grandes muestras de admiración, saludaron al ingenioso personaje.

—¡Un buen aparato! —exclamó Don Turulato, que ha sido siempre un entendido en este medio novísimo de locomoción.

—¡Ochenta mil pesetas! —agregó Potipán, quien no

olvidaba la suma que había desembolsado, generosamente, la tarde antes.

—Muy propio —atinó Currinche— para dar la vuelta al mundo, pasando por la Manigua, mi país.

—¡Admirable medio de guerra, ofensivo y defensivo! —prorrumpió el capitán, el cual, como guerrero, no pensaba en otra cosa que no fuese la lucha.

Cañamón escuchó regocijado aquellas exclamaciones. Le alegraron como si le elogiase alguna porción de su cuerpo: las manos, los ojos, la nariz, pongo por caso.

Y como ardía en impaciencia, Cañamón no quiso esperar más, y se caló unas antiparras fenomenales, y encasquetóse luego, a riesgo de desaparecer ante el público, una suerte de gorro, brillante y esférico, tal que parecía una escafandra.

Y saltó al interior del aparato, en un salto ejemplar, limpio y recortado, como de circo.

—¡Don Turulato! —gritó Cañamón desde el interior del aparato—. ¡Una vuelta a la hélice!

Y Don Turulato, que ya sabía su obligación, ejecutó admirablemente la orden de su amigo.

Todos los espectadores —el capitán, Potipán, Don Turu (como le llamaba amistosamente Cañamón), y Currinche—, todos los espectadores, aplaudiendo frenéticamente, se retiraron un gran trecho para contemplar sin peligro el momento emocionante del «despegue». El cual, dada la pericia del aviador, se realizó tan serenamente que bien parecía el aeroplano un pájaro domesticado, si bien de proporciones no comunes.

Ya está Cañamón, por obra y gracia de Potipán, en el aire. Ahora gana la tapia del jardín. Ahora asciende, casi verticalmente, al cielo. Una alegría de luz, de sol, y un aire fino, cortante, combinados con el ruido de los motores, envuelven al aviador incipiente, el cual, contentísimo, mira con cierta lástima a los infimos, minúsculos mortales que caminamos paso a paso, como mendigos, por la tierra.

¡Adiós, Cañamón! ¡Eres grande!

\*\*\*

Cañamón había aprendido a volar —en aeroplano, claro— hacia ya mucho tiempo, cuando comenzaron los primeros dirigibles. Pero de entonces a esta parte no había volado nuevamente. Por lo cual, al verse ahora en el aparato, Cañamón era como un novato, un papiolo, un principiante.

Miró hacia abajo y contempló la ciudad, la cual se le presentaba a Cañamón como una enorme masa de casas surcada, atravesada por unos arañazos intermina-







bles, que eran las calles. Las plazas y los parques, llenos de árboles, eran alfilereros de terciopelo verde esmeralda. Y el río, el río que atravesaba la ciudad sobre la cual volaba el aeroplano, aparecía a los ojos de Cañamón como una espada refulgente, pero deforme, sinuosa, quebrada...

Iba alto Cañamón, a cuatro mil metros, y decidió descender un poco, no sólo por gozar más de cerca del espectáculo de la ciudad, a vista de pájaro, sino también, y más principalmente, por temor a una avería, a una caída, doblemente peligrosa desde aquellas alturas estelares.

No hizo monerías al descender. Descendió paulatinamente, planeando como una gaviota, hasta quedarse a una altura prudentísima, a unos doscientos metros sobre el nivel de los tejados.

Ahora podía contemplar la ciudad perfectamente, a vista de gorrión. Veía los tranvías, los autos, los simones. Veía las personas y podía distinguir, por el color del indumento, hombres y mujeres. En una azotea advirtió un personaje delgado y simpático que izaba un pañuelo, saludándole: era Pinocho. En un derribo dos chicos se empeñaban en apedrear el aparato de Cañamón: eran Tin y Ton, traviesos, malísimos, incluso en sus saludos.

Y Cañamón extendía su mano fuera del aparato y saludaba. Y Cañamón iba contento.

Pero...

\*\*\*

Pero...

Cañamón iba contento, como digo, en su aparato, cuando divisó a lo lejos, al fondo de la ciudad, la torre de San Felipe. La torre de la iglesia de San Felipe, una torre delgadita, esbelta, simpática, rematada con una caperuza encarnada, la cual, a su vez, mantenía la veleta más loca y chirriante de la ciudad.

Cañamón vio la torre de San Felipe y la miró repetidas veces desde su aparato. «Decididamente es graciosa», pensó Cañamón, viéndola salir por sobre los tejados.

Y fuera por esta simpatía, transmitida inmediatamente al aeroplano, o por otras causas inexplicables, lo cierto fué que el aparato, rectamente, fijo, sin desviarse ni un milímetro de la recta, se dirigió hacia la torre de San Felipe.

Cañamón comenzó a inquietarse.

No estaba en su programa de aviación el chocar con obstáculo alguno, aunque éste fuera, como en este caso, la torre más delgadita, esbelta y simpática. Pero Cañamón parecía incapacitado para evitar el peligro.

Miraba la torre, la remiraba, y cuanto más quería desviarse de su dirección, mirándola, más rectamente se dirigía hacia ella. Diríase que el aeroplano tenía voluntad propia, ajena, desde luego, a la voluntad de Cañamón, y que ya no era éste, Cañamón, quien dirigía el aparato, sino éste, el aeroplano, quien conducía a Cañamón.

¡La torre! ¡La torre!

Cada vez más cerca, cada vez más cerca. El avión, flechado, se clavaría en la fachada, acaso desconcharía la pared, con el porrazo, y luego, como un pájaro, mal-trecho, rota las alas, caería el avión al suelo.

Cañamón no sabía qué hacer. Su situación era delicadísima, peligrosa, insufrible. Dos minutos más, y ya estaría en el pavimento de la calle. Dos minutos más, y ya estaría muerto, completamente muerto, en la calle.

¡Pobre cañamón! ¡Pobre aviador!

Y el aeroplano seguía zumbando, tenaz, persistente, con dirección a la torre. La cual era ahora, de tan cerca, perfectamente visible. Ya se veían sus ventanales, sus grandes ventanales, por donde volcaban las campanas, en los días de fiesta, las más sonoras campanadas, sobre la ciudad.

¡Terrible situación!



Un minuto, varios segundos...

Cañamón tuvo un momento de serenidad. Ya que no era posible desviarse, concibió, para su salvación, la más peregrina idea: entrar por las ventanas del campanario. Atravesar la torre, de parte a parte, valerosamente.

Dos segundos, un segundo...

Cañamón atinó a penetrar por el ventanal, rozó, con una de las alas del aparato, la más grande de las campanas y ganó al cabo, rectamente, la salida del campanario.

¡Magnífico!

Otra vez en el aire. Ahora sin peligro, loco de alegría, triunfante.

Cañamón se dirigió a su jardín y aterrizó calmamente.

\*\*\*

En el jardín lo esperaba un numeroso público. Cañamón saludó cordialmente, satisfechísimo, loco de alegría. Despojóse de sus antiparras y del gorro-escafandra que le cubría la cabeza. Luego, con paso seguro, de héroe, se dirigió al comedor de su casa, para desayunar.

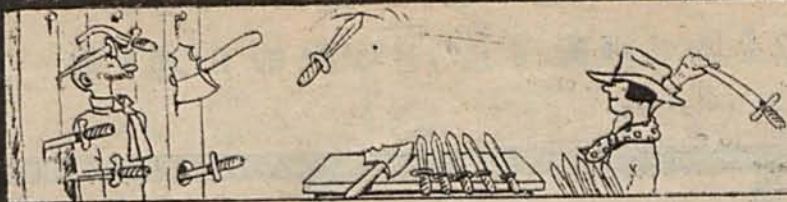
A la mesa se sentaron Cañamón, Pirula, Anita, Pinocho, Potipán, Don Turulato, Currinche y el capitán Corretón.

Pinocho, a los postres del desayuno, pronunció un discurso elocuentísimo.

FIN

Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véanse las condiciones en este mismo número.





## PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA

CUANDO YO TENIA TU  
EDAD HACIA JUEGOS  
MALABARES CON  
UNA DOCENA DE  
HUEVOS



EN EL CIRCO HE  
VISTO YO A UN  
MALABARISTA  
QUE HACE ESOS  
JUEGOS SUBIDO  
EN UNA TORRE  
DE SILLAS.



OYE, NO VENDRÁ  
TU MAMÁ ¿VER-  
DAD? PORQUE SI  
NOS VÉ JUGAR  
CON LOS MUE-  
BLES.....



FIJATE BIEN, QUE VAS A VER  
AL MÁS MARAVILLOSO DE  
LOS MALABARISTAS  
SIN NECESIDAD  
DE IR AL CIRCO



¿VES CO-  
MO ES MUY  
FÁCIL?



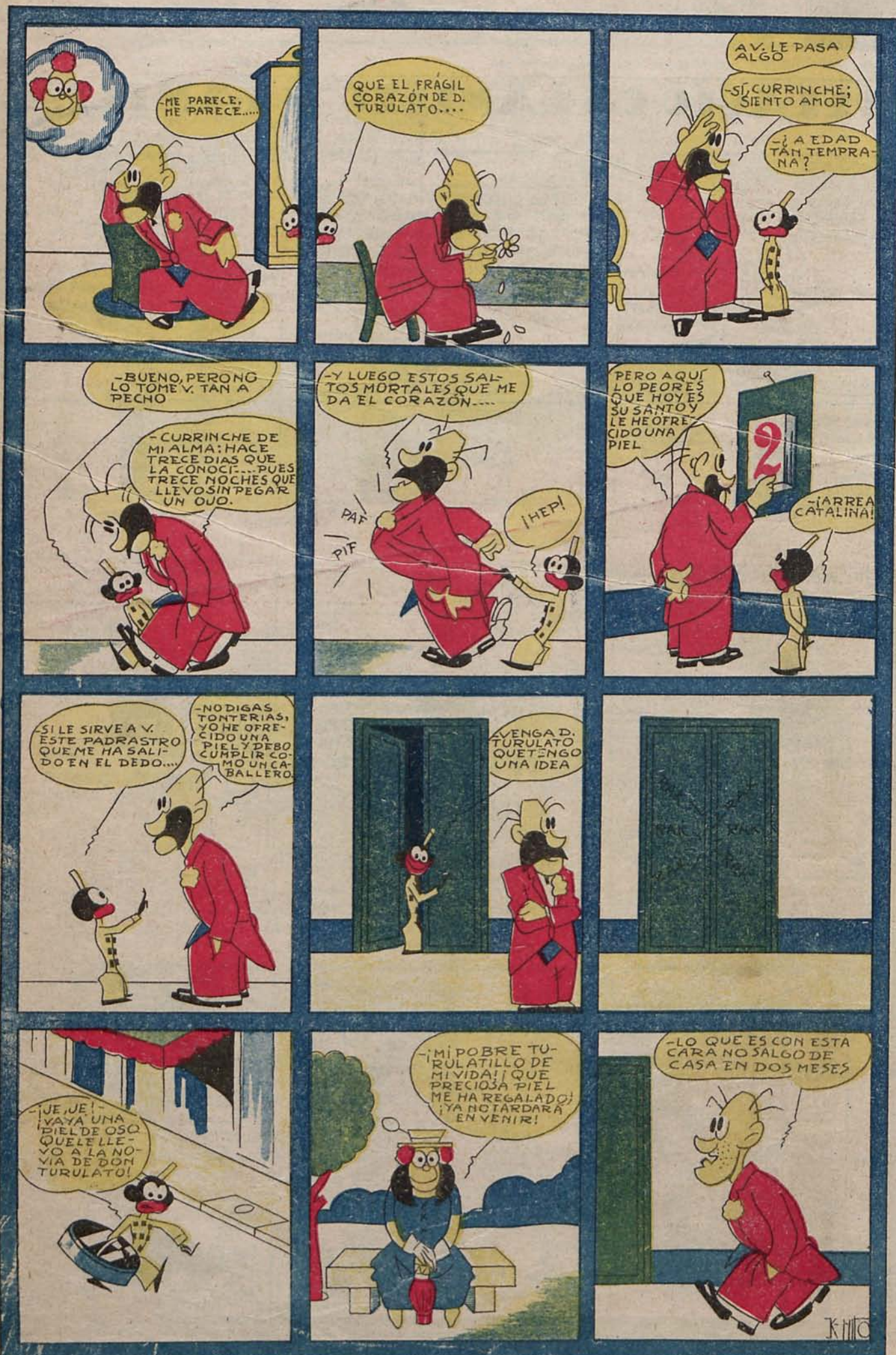
PERO ¿QUÉ  
HACEIS?







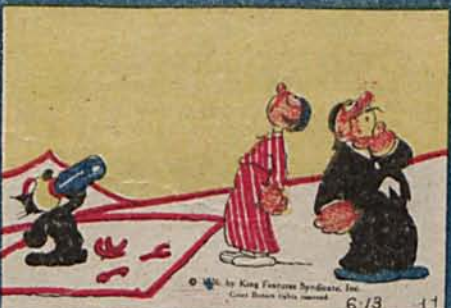
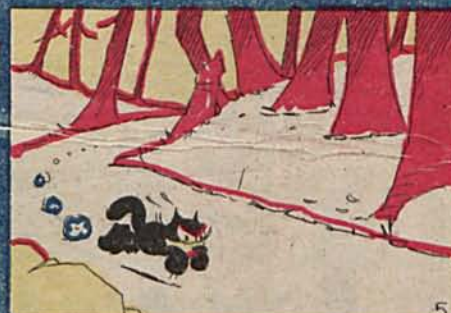
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.







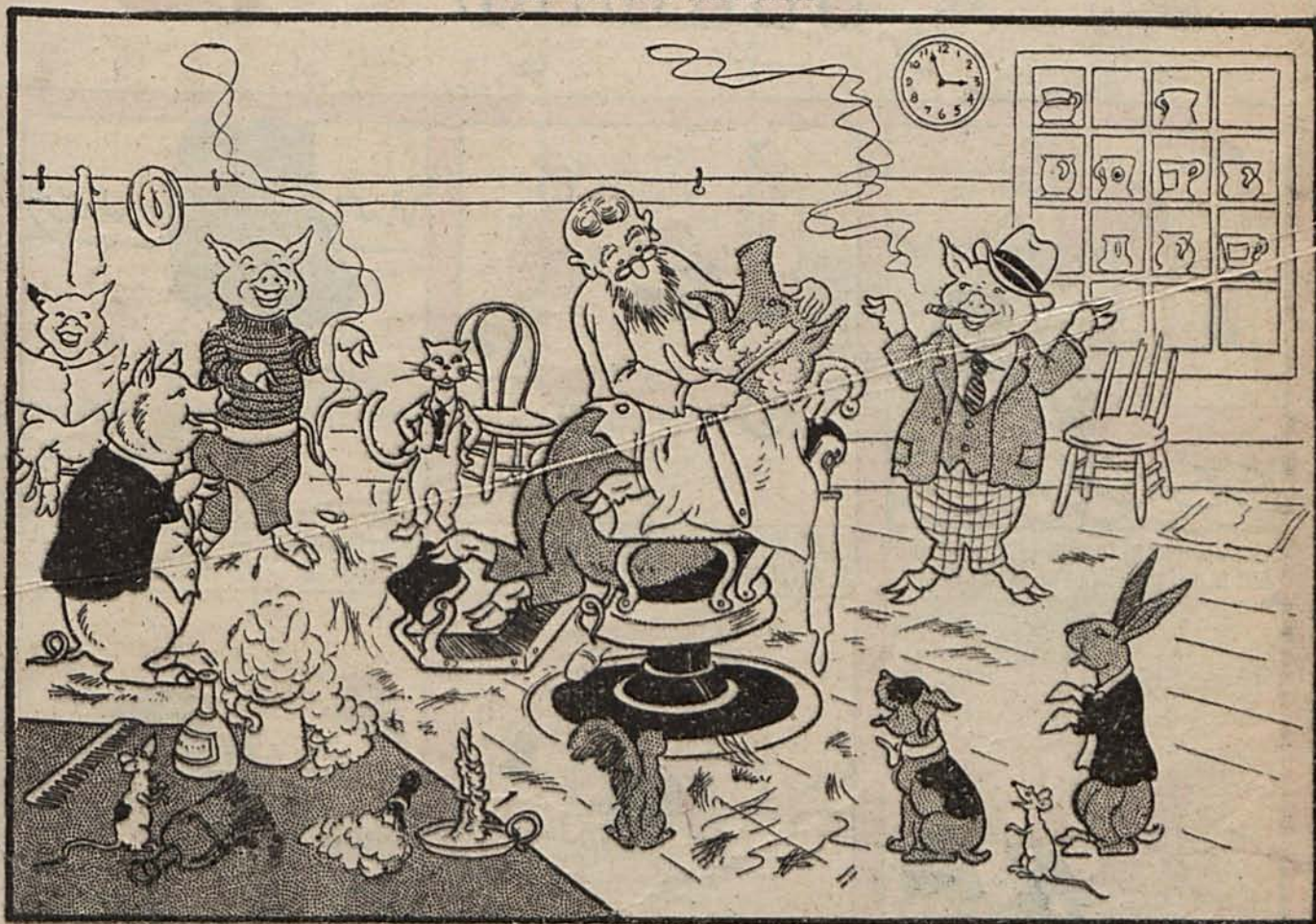
# COLORÍN Y SU PANDILLA





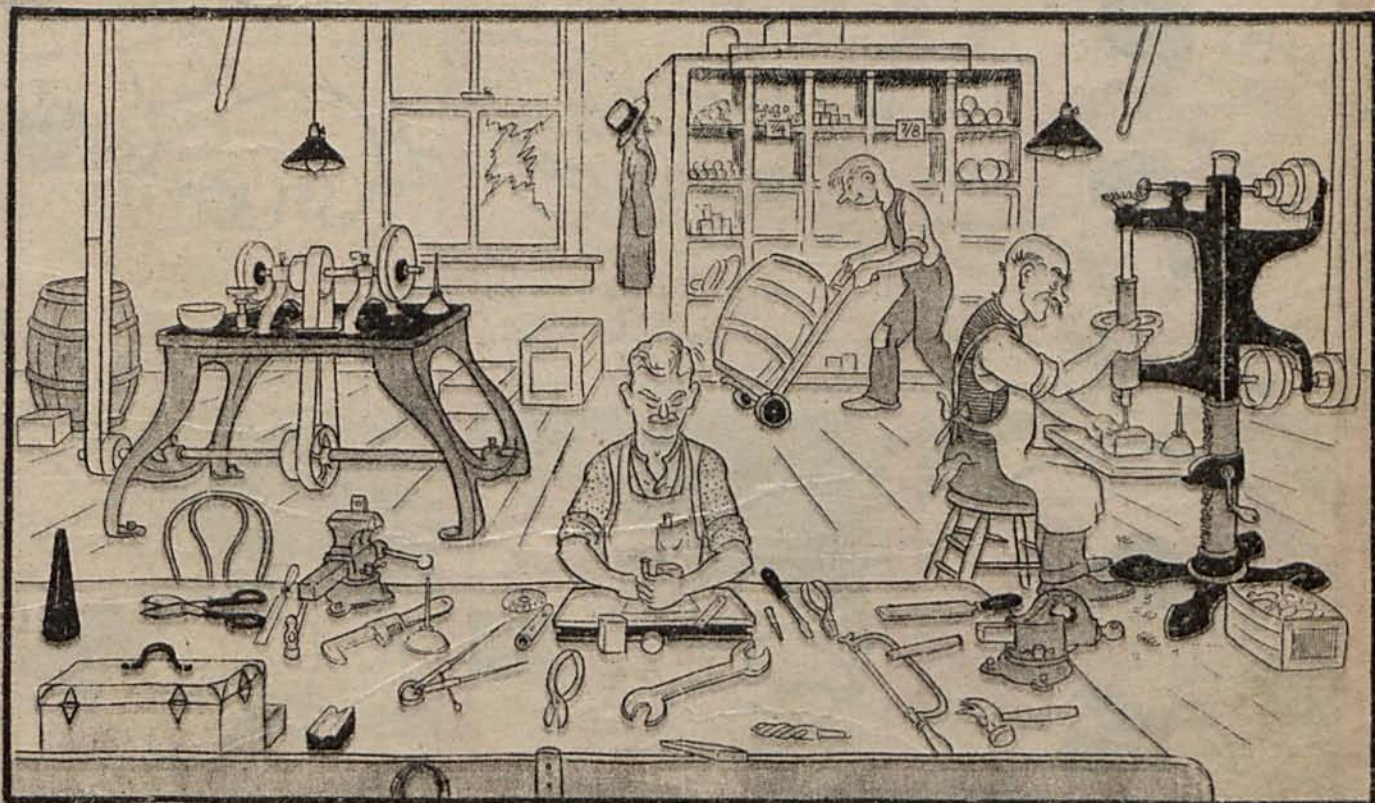
# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

EN LA BARBERIA



Se aproximaba el día de fiesta, el mayor día de fiesta para los animales, el 17 de enero, día de San Antonio Abad. Todos los cerdos de la localidad se dispusieron a pasarlo lo mejor posible, y muy de mañana se encaminaron a la barbería para afeitarse. Tan pronto como el barbero sacó la navaja, tres cerdos que jamás se habían afeitado, se apresuraron a esconderse, haciéndolo de tal manera que aún no han sido encontrados. ¿Seréis vosotros capaces de hallarlos?

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?

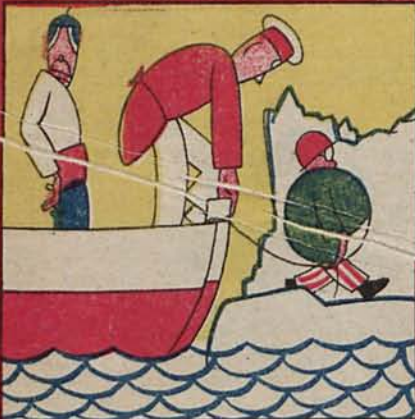


Esta vez reproducimos un taller de mecánica. Por la índole de los objetos que suele haber en esta clase de talleres, podéis hacer un bonito estudio de observación y poner a prueba vuestras condiciones de observadores. Los errores que hay en este dibujo son 13. Como ejemplo, os diré que uno de los errores es que a la máquina taladradora que hay a la derecha del dibujo, le falta la correa de transmisión, que debería estar unida a la rueda de la parte superior. ¿Cuáles son los otros 12 errores?





# TRISTÁN EL PILOTO



LLEGARON A UN PUNTO EN QUE LOS BLOQUES DE HIELO LES CERRABAN EL PASO



PERO CON EL INGENIO DE TRISTÁN IGUAL SE NAVEGABA POR MAR QUE POR TIERRA



UNA MAÑANA DESCUBRIÓ ZUCAÍN EN EL SUELO UNAS HUELLAS HUMANAS



Y LOS TRES EXPEDICIONARIOS SIGUIERON EL MISTERIOSO RASTRO



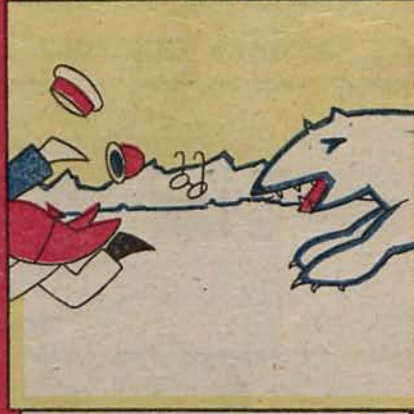
QUE TERMINABA EN UNA PINTO-RESCA CASITA DE ESQUIMALES



EN CUYO INTERIOR SÓLO HABÍA UN SURTIDO DEPÓSITO DE PROVISIONES



LLENOS DE ALEGRIA POR EL HALLAZGO CELEBRARON ESPLÉNDIDOS FESTEJOS



PERO LES AGUO LA FIESTA LA PRESENCIA DE UN ENORME OSO BLANCO



QUE LES HIZO REFUGIARSE MÁS QUE A ESCAPE EN LA CASITA



ENTONCES EL PILOTO TRISTÁN HIZO ABIR UN AGUJERO EN EL HIELO



Y CUANDO EL OSO DORMIA APOYADO EN EL MURO DE LA CASITA



LE RETIRARON EL APOYO Y FUE A CAER EN LA IMPROVISADA TRAMPA

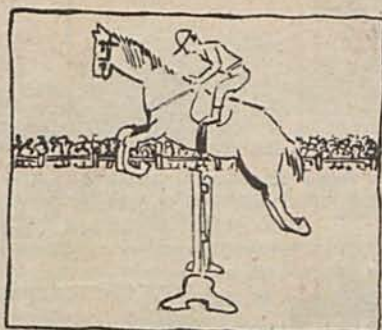


# COLABORACION PINOCHISTA

## DIBUJOS



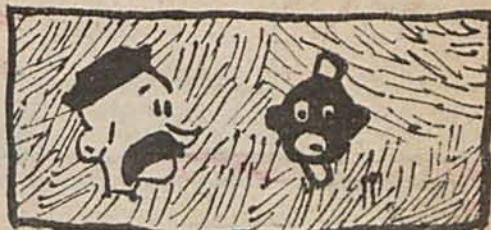
La rata sabia.  
FELIPE BUSTAMANTE. —  
Once años.  
Oviedo.



Un buen salto.  
CARLOS PITTALUGA.  
Once años. Madrid.



Mi amigo Chapete.  
AUGUSTO FERNÁNDEZ GUARDIOLA. — Seis años. Madrid.



Don Turulato y Currinche.  
J. I. D. T.  
Trece años. Barcelona.



Pinocho.  
C. PETRICCIONE.  
Trece años. Barcelona.



Pinocho, soldado.  
EUGENIO LÓPEZ.  
Seis años. Madrid.



Un pueblo.  
MIGUEL LOZANO.  
Catorce años. Larache.



Indio del Norte.  
RICARDO MARTÍN. — Trece  
años. San Sebastián.



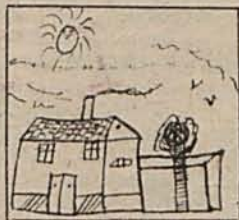
El paraíso.  
ANGELITA DOMÍNGUEZ



Eseñas campestres.  
J. GONZÁLEZ.  
Once años. Ceuta.



Mi muñeca.  
JOSEFINA HERNÁNDEZ. — Once años.



Casita de campo.  
CARMELITA AMADOR.  
Ocho años. Sevilla.



Un gaucho.  
MANUEL NIETO.  
Nueve años. Madrid.



Apunte del natural.  
A. LAPLANA.  
Nueve años. Madrid.

## A la revista PINOCHO.

I  
Es la revista PINOCHO  
la mejor que he conocido  
a donde quiera que he ido  
sin tener voto quejoso.

II  
Por eso rindo homenaje  
a quien tantos votos tiene  
y tan modesto lenguaje  
con que a recibimos viene.

III  
¿Has visto nariz hermosa  
como la que el héroe tiene?  
Y qué cara más preciosa  
que a mirarlo nos detiene?

IV  
Por eso en la librería  
llamada de «Benedetti»  
compro allí cuando es el día  
de venderse ese juguete.

ENRIQUE A. AARÓN H.  
Once años. Panamá (Colombia)

## Chiste.

Después de la batalla las ambulancias recogieron a los heridos, y los muertos fueron amontonados en un rincón. Pasó un oficial y revisó a los muertos y ordenó que fueran enterrados. Dos soldados se encargaron de esta faena. En el momento de dar sepultura a una de las víctimas, ésta se incorporó y dijo:

—¿Qué vais a hacer, brutos? ¿No veis que no estoy muerto?

—¿Qué sabes tú! —respondió uno de los enterradores, echándolo de cabeza a una fosa—. ¿Quieres ser más inteligente que el sargento?

JUAN MOYA.  
Doce años. Montevideo.

## Blanca Nieve.

Pues, señor, esto eran dos niñas, llamadas Pepita y Luisita, y vivían con una madrastra, que era muy mala. Un día llevó a Luisita a un bosque y la dijo:

—Estate aquí cogiendo leña, que dentro de un rato vendré yo.

La niña se puso a llorar porque la madrastra no venía. Pero como era muy buena la recogieron unos enanitos y la llevaron a su palacio.

Poco tiempo después la madrastra llevó también al bosque a la otra niña. Pero los enanitos no la vieron y la niña se murió de frío.

Después la madrastra se puso a vender corsés, pasando por la puerta del palacio. Y salió la niña. La madrastra dijo:

—¿Quiere usted un corsé?

Pero la niña dijo que si se lo probaba ella que no.

Entonces la madrastra se fué. Poco tiempo después pasó la madrastra vendiendo manzanas, y dijo a la niña:

—¿Quieres manzanas?

—No —contestó la niña.

—Mira que son muy buenas —dijo comiéndose la mitad de la manzana, que no estaba envenenada, y dando a la niña la otra mitad, que estaba envenenada.

Cayó la niña al suelo, dando un grito. Entonces los enanitos vinieron corriendo, recogiendo a la niña, y la metieron en una caja de cristal e hicieron un hoyo en el jardín para enterrarla. Pero al meterla en el hoyo saltó la caja y la niña se levantó. Entonces los enanitos la recogieron y la llevaron a su palacio, y la niña fué muy rica y muy buena, y a la madrastra la quemaron, y, colorín, colorado, este cuento ha terminado.

CONCEPCIÓN ALONSO MORENO.  
Fuenterrabía.



Día de lluvia.  
VELASCO.  
Catorce años. Ceuta.



Yo soy Currinche.  
CONSUELIN FAJARDO.  
Trece años. Madrid.



Si al vete tan cargadica  
no te brindan protección,  
los tres matracos no tienen  
ni pizca de educación.

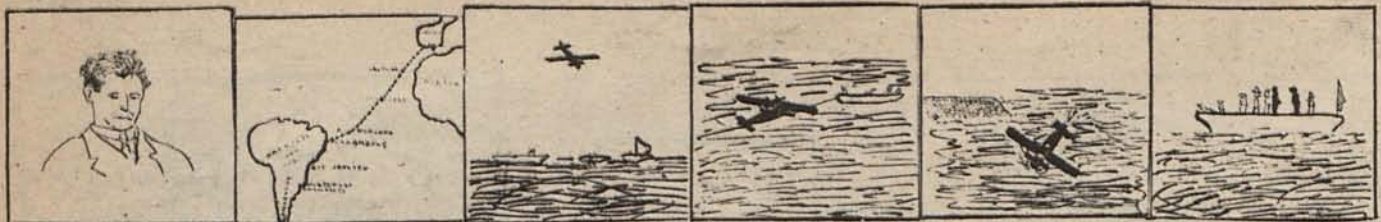
ALFREDO DÍAZ.  
Doce años. Alfaro.

## IMPORTANTE

Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.



## EL VIAJE DEL «PLUS ULTRA».



El comandante Franco.

Plano del recorrido.

El «Plus Ultra» vuela serenamente.

El momento en que Franco recoge el cabo que le tienden desde una canoa.

El instante inolvidable de la llegada a las aguas argentinas.

Lancha en que va Franco, Ruiz de Alda, Durán, el doctor Danvila, el Sr. Ortiz y otras personalidades.

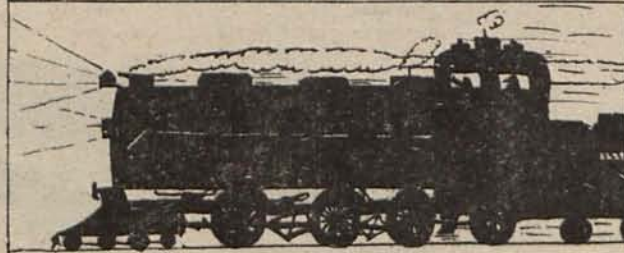
A. ZUGASTI. Buenos Aires.



Pinocho comiéndose las doce uvas.  
LUIS P. C.  
9 años.



LUIS VILLANUEVA RUFFO.  
12 años. Tarifa.



Pinocho en una locomotora.

ENRIQUE LATAILLADE.  
12 años.



Colegio de Pinocho.

CASTRO OGATUAS.  
15 años. Valderas.



Pinocho en el Tercio. - LUIS FERNÁNDEZ.  
9 años.



Pinocho en la Edad Media.

MARIANO GONZÁLEZ.  
11 años.



Un buen par.

LEA FAR.  
9 años.



De pesca.

FRANCISCO RODRÍGUEZ.  
12 años.



Villa Paz.

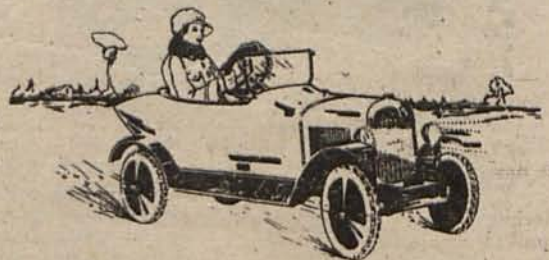
TERESA SANZ.  
8 años. Madrid.

## SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

### PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo auto es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este auto. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



### SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

### TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

### CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma cadena de transmisión, etc., etc.

### QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

### SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

### SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarela.

## DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

### CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

### NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, algo de la vida del castor.

—¡Un formidable arquitecto!

—¿Quién?

—El castor.

—Eso quiere decir que edifica, es decir, que vive como las personas, en habitaciones más o menos confortables.

—Justamente. El castor es, en ese sentido, un animal maravilloso, capaz de construir las mansiones más fantásticas, verdaderas casas de dos y tres pisos, con sus vanos, esto es, sus ventanas, y con su escondido y prodigioso subterráneo.

—Me dejas perplejo.

—Pues no he comenzado todavía.

—Cuenta, cuenta, querido buho.

—El castor es un animal poco más grande que una rata, perteneciente al género de los mamíferos roedores. Y si pertenece a la familia de los roedores, como ves, comprenderás que sea el castor un admirable roedor; pero un roedor excepcional, insuperable, que a veces —y esto te dará una ligera idea de lo que es royendo— consigue derrumbar los más corpulentos árboles con sólo la paciente faena de morder con sus incisivos, noche tras noche, el robusto tronco.

—Ya es un capricho.

—No es un capricho, Chonón. El castor efectúa aquella operación, no por gusto o simple distracción, sino porque utiliza las cortezas de los árboles como alimento, y el tronco y las ramas para sus construcciones. En invierno el castor lleva a sus madrigueras o cabañas una gran provisión de ramas que le sirven luego como alimento. Si hace mucho frío, el castor permanece en su guarida, sin salir, cuatro, diez, a veces quince días.

—¿Y no se alimenta con otra cosa que no sean cortezas?

—Sí; come retoños tiernos, hojas, hierbas... En cautividad llega a comer pan, remolacha, manzanas y otras frutas.

—Será un animal vivísimo, inquieto. Me lo figuro tan vivo de aspecto y movimientos como el ratón.

—No lo creas. Sus movimientos, al menos en tierra, son bastante lentos; se mantienen muchas veces sobre sus patas traseras y su cola, y no se sirven de ésta para ciertas operaciones como se asegura por ahí, sino de las patas delanteras y la boca. Huye del hombre como todos los demás animales; pero sometido a cautividad, puede vivir muchos años.

—¿A cuántos llamas tú muchos años?

—Treinta, cuarenta y cinco.

—Ya es vivir en un animal tan pequeño.

—En Nymphenburg vivieron algunos castores cautivos hasta los cincuenta años.

—¿Qué barbaridad!

—¿Y es cierto que estos animales, como dijiste, fabrican edificios de bastante consideración?

—Y tan cierto, mi querido buho. Vive el castor a orillas de ríos y riachuelos, por parejas en las comarcas poco tranquilas, formando familias o colonias en los sitios apartados y solitarios. Por regla general busca el castor orillas un tanto escapadas. En ellas construyen hondísimas madrigueras que tienen siempre su entrada debajo de la superficie del agua.

—¿Qué astutos!

—Dichas madrigueras concluyen, en su parte superior, en una cámara espaciosa, de suelo plano, tapizado de musgo y hierba, y de techo abovedado. Cuando el terreno no es consistente y el techo de aquella cámara amenaza hundirse, lo apuntalan con ramas de tamaño apropiado.

—¿Y cómo respiran? ¿No se asfixian en esa cámara subterránea?

—Te diré. En los países donde los castores se ven muy persegui-

dos, aquellas cámaras no tienen otro salidero que la galería estrecha y tortuosa que conduce a las aguas del río. Pero siempre, como es natural, la cámara, en su parte superior, presenta unos agujeritos o respiraderos, a modo de claraboyas. Claro que los castores, animales de suma perspicacia, procuran ocultar con ramas aquellos orificios.

—¿Qué vivos!

—En los países tranquilos, donde puede vivir el castor sin peligro alguno, acostumbra estos animales a construir en la cámara o vivienda subterránea otra galería que conduce a la superficie de la tierra. Ya procura el castor toda clase de precauciones, y así vemos que hace desembocar la madriguera en lo más enmarañado de un matorral, donde nunca, ni por acaso, podríamos descubrir la entrada de una madriguera. Cuando bajan las aguas del río donde desemboca una galería, y la entrada de ésta queda al descubierto, el castor procura ocultarla con ramas, convenientemente. Si este procedimiento no basta, y se ve el animal, contra su instinto y sus costumbres, en evidencia, abandona su guarida. En América, y, a veces, también en Europa, en las regiones donde los castores no son perseguidos y pueden, por consiguiente, desarrollar plenamente sus instintos, llegan a construir grandes diques, con el fin de hacer constante el agua en la puerta de la madriguera para que ésta no quede nunca al descubierto. Dichos diques, que constituyen la obra más original realizada por el castor, suelen empezarse en medio de la corriente, tomando como punto de partida algún objeto fijo en el agua: una roca, un tronco de árbol detenido, etc.; desde este punto se dirige y se construye el dique, para cuya construcción emplean los castores troncos y ramas de árboles, cortados casi siempre más arriba de donde se instala el dique. Para dar consistencia a la obra, e impedir que sea atravesada por el agua, rellenan los castores los huecos con barro. Dejan, además, algunos orificios a cierta altura para asegurar el desagüe, de modo que el agua nunca salte por encima del dique.

—Todo lo que me cuentas, querido buho, me maravilla, me deja turulado.

—Te deja ¿cómo...?

—Turulado, perplejo, pasmado, asombrado.

—Y lo comprendo, amigo Chonón.

—¡Vaya un bichito con talento!

—En América son más talentudos que en ninguna otra parte.

—¿Y qué hacen en América?

—Verdaderas cabañas.

—¿Es posible?

—Creo que nada debe asombrarte, refiriéndose al castor. Esas cabañas alcanzan una altura de dos o tres metros; son redondeadas, con un diámetro de 8 a 12 metros y paredes de gran espesor. A veces, se hallan divididas esas guaridas en distintos departamentos, que separan tabiques. En cada uno de aquéllos vive, por lo general, una familia de castores. Otras cabañas tienen dos o más pisos.

—Como en Nueva York, querido buho.

—Pero esos pisos son, en realidad, distintas cabañas superpuestas.

—¿Hay muchos castores, o es este un animal llamado a desaparecer?

—¿Qué quieres que te diga, querido Chonón. El castor ha sido un animal muy perseguido; primero, porque los labradores lo creían dañino —seguramente lo es—; después, en América, porque el castor fué para los indígenas un bocado exquisito, especialmente la cola; y, últimamente, como tú sabes, por la piel, la piel de castor.

—¡Animalito!

—Pero ya, la verdad, no se ve tan perseguido como antes, afortunadamente para él.

—Menos mal.

## CORRESPONDENCIA

**Mariquita Santos Domínguez.**—Mi querida Pirulína: A su tiempo recibí la amabilidad de tu carta, la cual fué leída en toda su extensión, no sólo por Pirula, la destinataria, sino por Don Turulato, el capitán Corretón, por mí... Eludo todos los elogios que merecen tus líneas, pues no puedo ser muy extenso. Sólo te diré, para tu satisfacción, que Pirula y Anita, tus mejores amigas, se proponen complacerte.

Un abrazo de todos —para qué enumerarlos— y otro especial, particularísimo, mío.

**Gregorio García Sedeño.**—Supongo en tus manos los preciosos libros que te anuncié en mi última postal. He recibido tu carta, juntamente con tu chiste, y lamento considerablemente no poder publicarlo. Ya sabes que por ahora, hasta que salga de tanto cuento, dibujo, chiste e historietas como tengo acumulados, no puedo admitir nada. Pero apenas se reanude el cupón de colaboración, todos los suscritores —los únicos Pinochistas que tienen derecho a publicar en mi semanario— verán en PINOCHO cuantos trabajos me remitan.

**Carmen Lamamelié.**—Simpatísimas Carmen: Veo por tu carta que los días que te llega mi revista son para ti días de verdadera alegría y, por consiguiente, días breves: «El resto de la semana me lo paso diciéndote: ¡Cuándo llegará el domingo para comprar PINOCHO!» No puedes darte idea como me

complacen estas muestras de afecto. Y siento esta vez no poder complacerte publicando tu chiste del Universo y la tierra. Más adelante, siendo suscritora, podrás tomar parte en mis concursos, podrás tomar parte en todos los sorteos y podrás, además —¿cómo no?—, colaborar en mi revista.

Un abrazo de Pirula, otro de Anita, otro y otros, y otros muchos más de todos.

**Elena Gómez Carrillo.**—Dado el tiempo transcurrido, tu último dibujo, titulado *La moda de París*, debe estar ya en condiciones, próximo a salir en PINOCHO.

**Mary y Carmelina Fuentes.**—¿Cuánto me alegraría ir por ahí, por Santander, en estos meses! ¡Cuánto me alegraría! Pero no puedo, me es imposible, no debo. Estoy obligado, por afecto a los Pinochistas —cada vez los quiero más—, a continuar al pie del cañón, y mi cañón no es otro que mi revista, desde la cual disparo hacia todos los puntos de América y España los premios más valiosos del mundo. ¡Debo dejar esta batalla en pleno bombardeo! Me debo a mis queridos Pinochistas; no puedo salir de Madrid. Pirula y Anita, acompañadas de Morronguis, acaso vayan por Santander, visiten San Sebastián y otras ciudades del Norte. Veremos. De todas formas, gracias, muchísimas gracias por vuestro ofrecimiento.



# PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Junio.	Julio.	Agosto.
Primero. 25 ptas. en dinero.	Srta. Concha de Grandes.—Si- guenza.	D. J. Luis Pacheco.—Briviesca.	D. Luis de la Vega Hazas.—San- tander.
Segundo. 15 ptas. en libros.	D. Jaime y Pilar Milans del Bosch. Málaga.	> Francisco Ibáñez y Pico.—Ma- drid.	> Jesús Villarreal.—Durango (Mé- jico).
Tercero. 10 ptas. en libros..	> Alfonso Ponte.—Madrid.	Srta. Pilar Aleu.—Madrid.	> José A. Basagoiti Noriega.— Madrid.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	Srta. Irene de Quesada.—Valencia.	D. Gerardo Larrea.—Llodio.	> Juan Miguel Albisu.—Irún.
Quinto. 3 ptas. en libros...	D. Mariano Guitián.—Madrid.	> José Igualada.—Málaga.	> Joaquín Méndez.—Iriga (Filipi- nas).

## GALERÍA DE RETRATOS DE LOS SUSCRITORES DE PINOCHO



José Ferrándiz.  
Campo de Mina (Alicante).



Rafael Muñoz Navas.  
Córdoba.



Augusto e Isabelita Fernández  
Guardiola.—Madrid.



Isidro García.  
Avilés.

## LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

### REGALOS GENERALES

- 1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
- 2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
- 3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
- 4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.
- 5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

### REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

#### Si la suscripción es por un trimestre

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

#### Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

#### Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

## BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D. ....  
calle de ..... núm. .... Pueblo .....

..... Provincia ....., se suscribe a

**PINOCHO** por (1)  $\left\{ \begin{array}{l} \text{UN AÑO.....} \\ \text{UN SEMESTRE...} \\ \text{UN TRIMESTRE..} \end{array} \right\}$  cuyo importe de  $\left\{ \begin{array}{l} \text{veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).} \\ \text{diez pesetas (ó 12 pesetas) .....} \\ \text{cinco pesetas (ó 6 pesetas) .....} \end{array} \right\}$  remite a la Adminis-  
tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 (3), en (4) ..... También remite 1,50 pese-  
tas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite ..... pesetas.

(Fecha y firma.)

- (1) Bórrase lo que no convenga.
- (2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.
- (3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración directamente, o sea sin intermediarios.
- (4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.
- (5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

### SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos **suscripciones a PINOCHO, certificadas**; es decir, que remitiremos cada número **semanal certificado**, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año.....	23	pesetas.
Semestre.....	12	—
Trimestre.....	6	—

### IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal impuestos por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas indicaciones:

- 1.º Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.
- 2.º Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el número de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.
- 3.º Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 céntimos en sellos.





## DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO







# Sección Pirula

## ¿SOMOS RICOS?

(El cuarto de juguetes, en la magnífica casa de los papás de Ketty.)

Montones de juguetes estupendos de todas clases; ante una mesita, cubierta de golosinas. Ketty y Jovita acaban de merendar.)

KETTY (Presumida, coquetuela y vanidosilla; lleva un suntuoso vestido de crespón de China con encajes; un collarcito de perlas finas rodea su cuello, y una pulserita de reloj, de oro, su brazo.).—¿Qué te parece mi casa?

JOVITA (Lleva un trajecito de vuela de algodón, originalísimo y de muy buen gusto, con el que está monísima.).—¡Qué hermosa es! ¡Más bonita que el Palacio Real!

KETTY.—¡Tú verás! He oído decir que le ha costado a mi papá una millonada; y no has visto todos los salones, ni el garaje con sus tres autos...

JOVITA.—¡Cuántos juguetes tienes!

KETTY.—Me compran los mejores que se hacen en el mundo; mi casa de muñecas la ha fabricado a propósito para mí el mejor ebanista de Madrid; mi tren eléctrico me lo han traído de Berlín, y mi oso de peluche era el más grande que se vendía en el bazar.

JOVITA.—¿Jugarás mucho?

KETTY.—¡Bah! Los juguetes ya casi no me divierten. ¡Tengo tantos! En cambio, me gustan los trapos; todos los años va mi mamá a París y me compra allí una colección de vestidos y sombreros.

JOVITA.—¡Ah! ¿Por eso llevas un nombre francés?

KETTY.—No, boba, si «Ketty» es Catalina en español; sólo que lo decimos en inglés porque resulta más elegante. ¿Quieres tomar otro «sandwich»?

JOVITA.—No, gracias, ya he comido bastante; estaba todo riquísimo.

KETTY.—Y fíjate que el servicio de té es de plata.

JOVITA.—¿Pero de plata de verdad?

KETTY.—¡Claro! Si aquí todo es muy bueno y muy caro. ¿No ves que mis papás son muy ricos?

(Un gabinete risueño y sencillo en casa de los papás de Jovita; Jovita, ayudada por su mamá, está muy entretenida en recortar telas de varios colores para fabricar un almohadón copiado de la Sección Pirula.)

JOVITA.—Oye, mamá, nosotros no somos ricos, ¿verdad?

MAMÁ (Estupefacta al pronto, luego riendo.).—¡Vaya una pregunta! ¡Si, ya lo creo que somos ricos! ¿Cuántas veces no te hemos llamado tu papá y yo: «Rica mía; qué rica eres?»; y tú, ¿cuántas veces no nos habrás dicho: «Papaíto rico; mi mamá rica»? ¡Ya ves si somos ricos!

JOVITA.—Sí...; pero... yo me refería a tener mucho dinero.

MAMÁ (Poniéndose un poco seria.).—No comprendo. ¿Acaso te falta algo? ¿Acaso, cuando llega la hora de comer y tienes hambre, te has encontrado alguna vez la mesa vacía? ¿Acaso en invierno has ido algún día tiritando por la calle por falta de abrigo? O cuando te has puesto mala, ¿te has empeorado por falta de cuidados porque no teníamos dinero para pagar el médico y las medicinas?

JOVITA.—No, claro que no me falta nada; pero si fuéramos ricos, viviríamos en un palacio, tendríamos automóviles, me comprarías los juguetes más caros del bazar y los trajes más elegantes de París, viviríamos con mucho lujo... como en casa de Ketty.

MAMÁ.—¡Ah, vamos! Veo que mi hija es una niña lo bastante tonta para no poder visitar a una amiga más adinerada que ella, sin envidiarla...

JOVITA.—¡Debe de ser tan feliz!

MAMÁ (Muy triste.).—Yo debía enfadarme contigo; pero me has causado tanta pena, que ni valor tengo para ello. Prefiero

explicarte; creo que me comprenderás. (Coge a Jovita sobre sus rodillas.) Mira: ¿crees tú que porque tenga más dinero, Ketty gozará de mejor salud que tú y que cuando esté enferma será mejor cuidada de lo que yo te cuido a ti?

JOVITA.—¡Ah! ¡Eso no!

MAMÁ.—¿Crees tú que en el colegio Ketty tiene más facilidad que tú para estudiar y aprender, y porque es más rica consigue mejores notas?

JOVITA.—¡Claro que no!

MAMÁ.—¿Crees tú que los vestidos de seda y las alhajas de Ketty la embellecen más que a ti tus bucles, tu boquita fresca y tu mirada de niña buena?

JOVITA.—No; la verdad, Ketty, con todos

sus perifollos, no tiene nada de bonita.

MAMÁ.—Y, por último, ¿crees tú que los papás de Ketty la quieren más que a ti los tuyos, y que un beso de su mamá le sabe a ella mejor que este que yo te doy. (La besa.)

JOVITA (Conmovida.) Tienes razón, mamá; bien pensado, no creo que Ketty sea más dichosa que yo. (De pronto, rie maliciosa entre sus lágrimas.) Pero su casa de muñecas... ¡se la ha hecho el mejor ebanista de Madrid!

MAMÁ.—Mira, fíjate en el «tragabolas Morronguis» que trae hoy la Sección de Pirula. ¿Te gusta?

JOVITA.—¡Oh, sí! ¡qué gracioso es!

MAMÁ.—Pues no se precisa ningún ebanista de lujo para reproducirlo; se lo voy a encargar a un carpintero, que lo hará con cualquier cajón ordinario, y de este modo tendremos luego, tú y yo, el gusto de pintarlo. Y te divertirás echándole bolas, con tu hermanito y tus amiguitas, lo mismo exactamente que si fuera de madera de sándalo o de palo de rosa.

JOVITA. (Batiendo palmas.) ¡Ay! ¡Sí, sí! ¡Qué bien! Gracias, mamá... ¡rica!

